

Misionera y Diputada

Por Angel Orbeago

El día 15 de octubre se beatificó en Roma a la venerable Ana María Javouhey, fundadora de las Hermanas de San José de Cluny.

El día 24 de junio de 1848, todo París era escenario de un terrible amotinamiento de las masas obreras. Se han levantado barricadas en todas las calles, y detrás de ellas se parapeta una multitud, ebria de furor y de odio, que enarbola la bandera de la nueva y antigua revolución. Nada respetan, ni ante nadie se detienen los revolucionarios. Un día hieren de muerte a monseñor Affre, que se había lanzado a la calle en cumplimiento de su deber pastoral. Pero de pronto, como en cumplimiento de una consigna, las barricadas se abren al paso de una anciana que viste hábitos religiosos. Atraviesa las calles de París sola, sonriente, intrépida y confiada, mientras de boca en boca, como un reguero de pólvora, se van transmitiendo unas palabras que sirven de salvoconducto.

—¡Es la generala Javouhey! ¡Dejar paso a la madre Javouhey!

En este mismo año el Gobierno de Francia decreta la emancipación legal de los negros del Imperio colonial francés. Llega la noticia a los territorios de la Guayana, a Cayena, a Maná, y los negros libertos tienen que elegir inmediatamente a un diputado. Como una sola voz y una sola voluntad, millares de indígenas gritan un nombre: “¡La madre Javouhey!” No importa que les adviertan que esto no es posible, que las mujeres no tienen acceso a la Cámara de Diputados. Ellos, los negros de Antillas, del Acarounay, de la Guyana, si han de elegir un representante, designarán a la madre Javouhey.

¿Quién es esta mujer que se impone con su sola presencia a las turbas revolucionarias y que es elegida “vox populi” por los negros manumitidos de la Guyana francesa? Es en 1848, dos años antes de su muerte, una monjita de sesenta y nueve años de edad, nacida en la Borgoña, que ha recorrido de punta a punta el vasto mapa de las colonias

francesas, que ha dialogado con reyes y ministros, que ha introducido en Francia las últimas innovaciones pedagógicas, que ha evangelizado y colonizado a los negros del Senegal, de la Reunión, de Guadalupe, de Martinica, de Guayana...

El Terror

Leyendo su biografía—verdadero guión cinematográfico de una vida extraordinariamente dinámica y profunda a la vez—, hemos justificado que se llame a la madre Javouhey “una gloria de la Francia misionera”. Nació Ana María en plena efervescencia revolucionaria de su país, pero también en una época de gran esplendor misional. Era una de esas almas que el Señor suscita en el momento oportuno para que realice una misión grande, y toda su vida es una cumplida respuesta a esta vocación del cielo. Tenía sólo dieciséis años Ana María cuando se consagró al Señor, en el silencio de una noche de persecución. Los sacerdotes que huían del terror encontraban en aquella joven compesina un auxiliar providencial para esconderse unos días o pasar clandestinamente a lugares de menor peligro. Después, andando el tiempo, se concretó su vocación de religiosa y de fundadora.

Fundación Misionera

Nace bajo su impulso y dirección un nuevo instituto religioso: las Hermanas de San José, que establecen su primera casa importante en Cluny, de donde toman su denominación. En Chalón había recibido el hábito religioso la primera comunidad; cuatro hermanas de Javouhey y otras cinco jóvenes. A los pocos años le recién nacida Congregación se extenderá por toda Francia y sus colonias. La fundadora dota a su instituto de un triple fin: escuelas, hospitales, misiones. Su lema es hacer en todo la voluntad de Dios, y su empuje y su clarísimo vigor espiritual gana todas las

voluntades humanas y las sujeta a la superior del Señor.

La madre siente la llamada de África. Unas apariciones, que luego hemos de subrayar, la indican que su vocación está en las misiones de los negros. Al mismo tiempo que difunde su Congregación por el territorio metropolitano, sembrándolo de colegios, de hospitales y de hospicios, envía las primeras misiones a la isla de la Reunión y al Senegal. Ella misma desembarca en San Luis y establece su primer contacto con los negros. A partir de este momento las Hermanas de San José de Cluny figuran en la avanzadilla de Francia y se distribuyen rápida, casi maravillosamente por Madagascar, por San Pedro y Miguelón, las Antillas, la India, islas de Oceanía, Angola...

Al Senegal

Tan formidable impulso misionero tiene una doble explicación: de una parte, que la voluntad de Dios —lema de la madre Javouhey— quería hacer grandes cosas a través de esta mujer de temple heroico y de virtud excepcional; de otro lado, que la fundadora reunía dotes humanas poco comunes, que la dotaban de un ánimo emprendedor, de una capacidad de comprensión y de una habilidad en el trato de los corazones que fueron características de su apostolado.

Llega al Senegal, e inmediatamente formula al Gobierno su punto de vista: "Queréis civilizar África? Comenzad por llevar allí la religión". Se enfrenta desde el primer instante con el problema de carencia de clero, y un siglo antes de las encíclicas "Maximum illud" y "Rerum ecclesiae" acomete la empresa de fundar un seminario indígena, tanto para indios o galibis como para negros africanos. Y años más tarde, en Maná, todavía piensa en la necesidad de sacerdotes indígenas para el Senegal, el Congo y Madagascar.

En la Guayana

Sus frecuentes viajes a París no la distraen de su vocación misionera. No se arredra ante nadie, y lo mismo habla, pide y exige a los ministros de la Revolución que al rey Luis Felipe, que a Carlos X. Los ministros de Colonias, de la

Marina, de Asuntos Religiosos respetan siempre, y en ocasiones temen a la generala Javouhey. Y así, cuando los gobernantes quieren civilizar a la Guayana, piden el concurso de las Hermanas de San José de Cluny. Allí va la madre Javouhey, protegida por el Gobierno de la Restauración, que quiere hacer un intento de explotar las riquezas del suelo con mano de obra blanca. Esto es lo que quieren los gobernantes, pero la madre Javouhey piensa con mayor altura: ella quiere ganar almas para Cristo y hombres libres para la civilización. Piensa sustituir progresivamente la mano de obra blanca por la negra, adiestrar a aquellos negros para el trabajo libre de sus tierras y prepararlos para la completa manumisión. Se transforma en colonizadora y emula los éxitos de las reducciones jesuíticas del Paraguay. Surge Maná, al amparo de las Hermanas de San José, y los negros nacen a una nueva vida de manos de las monjitas de Javouhey. Allí está ella para que las mudanzas políticas de los gobernantes, y en ocasiones sus ambiciones desmedidas, se quiebren ante la estructura maravillosa de aquella novísima sociedad, que ella llama escuela de iniciación para la total libertad de los esclavos. No es de extrañar que cuando esto se logra, en 1848, los habitantes de Maná coinciden en señalar a la persona que los ha de representar en la metrópoli.

Hemos señalado algunas facetas de la obra de esta eminente mujer: su amor hacia los negros, su preocupación por el problema del clero indígena, su audacia en el ejercicio de la caridad con los leprosos del Alcarouany... En todo se anticipaba en muchos años a la opinión común de su época. Su vida está plagada de los mismos hechos heroicos, de anécdotas humanísimas, pero, sobre todo, de una fragancia de virtudes interiores que se tradujeron en las magníficas reglas de vida espiritual que legó a sus hijas.

A los cien años de su muerte, la vida de la madre Javouhey parece cosa de leyenda, digna de ser inscrita en la historia de los grandes conquistadores y misioneros del siglo XVI. Pero tiene, al mismo tiempo, la lozanía y el vigor de lo actual y de lo moderno, que se perpetúa en la Congregación que ella fundó en plena Revolución francesa.

(SIGNO)